

LAS 101 CAGADAS DEL ESPAÑOL

REAPRENDE
NUESTRO IDIOMA
Y DESCUBRE
ALGUNAS CURIOSIDADES



MARÍA IRAZUSTA

Las 101 cagadas del español es un ameno bestiario de desafueros lingüísticos escrito por María Irazusta, en colaboración con un grupo de periodistas, que han salido al rescate de nuestra maltratada lengua siguiendo la consigna platónica de que aprender es recordar. Una obra didáctica, entretenida e irónica que señala los errores más frecuentes de nuestro idioma y se cuestiona incluso algunas decisiones contradictorias de la RAE: ¿por qué acepta aberraciones como *almóndiga* o *asín* y, sin embargo, destierra *negrísimo* para defender *nigérrimo*? Pero ya mucho antes, Lope de Vega, Umbral, Torrente Ballester o el mismísimo Delibes la cagaron. Y partiendo del error humano y de la naturaleza mutable del lenguaje, aquí hallarás algunas claves (y otras curiosidades) para aprender español.

Índice de contenido

La voz y la palabra

Introducción

Sin eufemismos: Obama es negro

Femeninos travestidos

Un traje de baño más explosivo que la bomba de Bikini

Descambiar, una falsa incorrección

¡Manda huevos con manda uebos!

La alma máter

Cuando se trata de echar, lo primero que hay que echar es la h

Ir de picos pardos

No hay miembra que valga

Siempre detrás de ti

Palabras moribundas

La lengua del Quijote

Simultaneando que es gerundio

En contra de contra

Las palabras y el efecto Humpty Dumpty

Ni sí, ni no, ni todo lo contrario

Hola, Lola:

La Pacheca por el corral y la Bernarda por...

No te comas la coma

Ojalá o implorar al dios árabe sin saberlo

Periodiquismos

Palabras moribundas

Errores u horrores aceptados

Preveer, un verbo inexistente

Quizá, quizás, quizá

Neoespañol en gestación

¡Tienes más moral que el Alcoyano!

Espúreo, un vulgarismo de prestigio

Frente contra versus

No hay tilde para ti

Numerología
El sueño de un publicitario
Palabras moribundas
Anglicismos a full
¡Qué nivel, Maribel!
En base a, un error sin base ni perdón
¿En tu casa o en la mía?
El infravalorado punto y coma
Las órdenes, en imperativo, por favor
La dama y el vagamundo
Aun ignorándome, aún te quiero
Una construcción que evitar
Cambios de guion
Palabras moribundas
Dormirse en los laureles
Palabras que nos dejó la marea
Paronimias arriesgadas
Positividad, una cuestión de actitud
Todo tiene su porqué
Tótum revolútum de latinismos
Para evitar malentendidos, usa la tilde
Así mismo tiene truco
No doy abasto, pintan bastos
Las bicicletas son para el estío
Palabras moribundas
El quinto pino
Superlativos sacratísimos
Dime de qué dudas y te diré de qué padeces
El leísmo y el laísmo que tanto sufrimos
Presuntos participios
Al verbo haber le da igual uno que ciento
El insospechado origen de las palabras
Ni churras con merinas, ni siglas con acrónimos
OK: un origen disputado
La juez y la jueza
Palabras moribundas

Esa ese que anda suelta
Propiciar no es causar
Cuando el más está de más
Marchando una de interjecciones
La arroba que nos roba el género
Ojo: norma resbaladiza
Supercalifragilístico
Pasar una noche toledana
Cópulas clásicas y palabras encadenadas
Chulapismos
Palabras moribundas
Exceso de pleonasmos
¡Viva la Pepa!
Revelamos la rebelión
El baile de la jota
Sino, si no, sí y no
Aquí hay gato encerrado
¡Que viva México!
Mi Buenos Aires querido
¿Tendencia vintage?
La recobrada dignidad de las minúsculas
Palabras moribundas
El ex siempre llama dos veces
¿Un piquete o un piquetero?
Boca de guacharro
La importancia de escribir a gusto
Viernes 13
Aquí hay tema
Plurales fabulosos
Historia de un gazapo afortunado
Sobretudo, el nuevo must have
Para hallar es importante que haya
Palabras moribundas
La h se muda
No carece de lo que adolece
Más larga que un día sin pan

Husos horarios para diferentes usos y costumbres

El maltrato del verbo haber

Falsos sinónimos o las afinidades peligrosas

Ojo con [h]ojear

O sea, en serio, por favor

Influenciar, el poderoso influjo del francés

Adrede se mal escribe sin querer

Hacer mutis por el foro

Índice temático

Fuentes consultadas

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi diosa, mi madre.
MARÍA

La voz y la palabra

Son caprichosas, melancólicas, nostálgicas. Envejecen mal. Se ponen tristes con más frecuencia de la debida. En ocasiones son perversas, confunden a quien las dice, y existe un tiempo en que las palabras, todas las palabras, pierden el registro primigenio y se perturban y no encuentran el camino de salida, el mecanismo preciso que da cuenta y razón de su significado.

Se desorientan en un laberinto enmarañado y se vuelven silencio, o quejido, o lamento.

Suelo contar que en el hogar de los nombres, en el lugar en donde viven las palabras, en los libros que las encierran, en las páginas que reivindicán los textos, que nos acercan a los lugares en donde fuimos felices, a veces llega la desmemoria que borra las frases, que provoca que el olvido juegue con un viento que destierra las sílabas, que oscurece las letras y deja las páginas en blanco.

Es la desmemoria de los libros moribundos aquejados de un mal que ataca las bibliotecas, que envilece los anaqueles, que hace que la muerte de las palabras se instale en las librerías.

Cuento un suceso que acaeció, que protagonizó una antigua edición de la *Divina Comedia* de Dante, que ocupó y ocupa un lugar de honor entre mis libros más amados, como antes le aconteció de idéntica guisa en las bibliotecas de mi padre después que mi abuelo le donara tan preciado tesoro.

Pues bien, la obra del Dante, zalamera y coqueta, me urgíó durante mucho tiempo a que me perdiera entre sus páginas cuando el aroma del verano se presagiaba en las primaveras.

Descendía con su autor a los infiernos, o me quedaba prendido de esa belleza p rfida del Purgatorio en los decadentes otoños.

Un día ignor  aquel libro de primorosa encuadernación, con sus tapas de piel desva idas por el uso, ajadas por la frecuencia de lecturas reiteradas, y se quedó yerto, frío como un cadáver en el lugar que ocupaba en mi biblioteca familiar.

Una tarde, era abril y habían pasado algunos años, procur  el tomo, busqué la página que recordaba, y al encontrarla descubrí que las frases se habían borrado.

Entonces busqué, y encontr , una edición popular de la *Divina Comedia*, y comencé a leer en voz baja, casi susurrando, el texto que en la vieja edición había desaparecido, y de inmediato vi como brotaban las palabras, crecían las sílabas, se engarzaban las frases y se completaba la página que había huido cabalgando tristezas.

Nunca más dejó que el tiempo borrara mi memoria libresca y que me fuera llevando a ese desván oscuro donde vive el olvido.

Tengo ante mí una suerte de manual que contiene una miscelánea, un juego de palabras que sintetiza lo que da en llamar las 101 cagadas (y otras curiosidades de nuestro idioma). Un libro a muchas manos, un recopilatorio colectivo que tiene vocación de texto heterodoxo para reaprender el español y reiniciar el disco duro de un idioma tan grande como la mar oce ana, tan vilipendiado y agredido como un rap chicano, tan transgredido como una gavilla de líneas rojas traspasadas.

Meritorio empeño que tiene en su enunciado el entrañable coño de la Bernarda ubicado en el corazón mismo del corral de la Pacheca. En llegado a este punto y para avi-

so de navegantes, debo decir que, al igual que García Márquez, nunca he sido partidario de poner corsés al idioma, de salpimentar los textos con tildes y un surtido de puntos, comas y apéndices exclamativos para resaltar interjecciones.

Mi procedencia y admiración por la tradición oral del idioma me impide ser agrimensor de la lengua y perito gramático, pese a mi profundo respeto por las normas que apuntalan lo que hablamos y escribimos.

Me he divertido cuando en este libro he vuelto a encontrar los pecados capitales del español y los remansos de la vida secreta de las palabras, las curiosidades de la cultura popular haciendo permanentemente mutis por el foro con más moral que el Alcoyano. O ese catálogo básico de las palabras dudosamente moribundas —merecen un nuevo libro solo para ellas— que no son otra cosa que los meandros por donde —¿o se dice *entre*?— discurre el gran río de la lengua.

Me solicitan, ¡pobre de mí! un prólogo, un pórtico o prefacio como cuando Violante da instrucciones para escribir un soneto. Los preludios deben, según el canon, ser amables y eficaces. Cioran —¿o no era él?— señalaba que deben ser una invitación a la posterior lectura. Yo así lo intento y aun a fuer de ser de oficio un tanto redicho, aconsejo que las páginas que vienen a continuación deben ser leídas con ese placer antiguo de lo bien escrito, de lo ameno e, ítem más, de lo útil.

Nosotros que no fabricamos maquinaria industrial, ni diseñamos vehículos a motor como si nuestra industria fuese alemana, tenemos el mejor de los activos, nuestro personal conjunto de bienes de equipo, en el idioma. El español es nuestra riqueza, una lengua que se universaliza en su crecimiento.

Y este libro, en este libro, viven los recursos idiomáticos más frecuentes, los usos más deteriorados de las perversio-

nes cotidianas en el modo de hablar, y los remansos felices de una lengua viva en constante evolución/involución.

El argot, las mil maneras de entenderse en español, desde lo que el libro da en llamar «chulapismos», que no es otra cosa que un cierto lenguaje coloquial madrileño —*chachi, mendas, gachís, piltra, parné*—, nos va llevando al lunfardo porteño o al modo de expresarse en español que se utiliza en México.

Es evidente la preocupación que el equipo de María Irazusta hace patente cuando de comunicar se trata, incluso ese invento cuestionable que se ha dado en llamar *Marca España*, aunque no aparezca de modo expreso en el texto y sí la internización de marcas comerciales —martini, casera o aspirina— en el lenguaje de uso cotidiano. «El sueño del publicitario», así titulan el epígrafe, constituye una singular apoteosis de la metonimia. Capítulo aparte merece el señalado uso de anglicismos, tan traído y llevado cuando de tópicos del idioma se trata, que aporta un dato novedoso avalado por la RAE, que da cuenta de que solo 130 palabras en inglés son de uso corriente en nuestra lengua «una gota de agua (*sic*) en el océano de más de 90 000 vocablos del español».

Sin embargo, la influencia del árabe en el español es muy notable. El peso de ocho siglos de dominación musulmana impregnó de manera transversal toda la vieja lengua española, tras su evolución del latín. Este libro fija en un 8% del vocabulario total, en más de 4000 palabras, el legado idiomático del árabe.

No podía faltar en este florilegio de la lengua la zarzuela surtida de leísmos, laísmos y dequeísmos esencialmente contaminantes en nuestro modo de hablar y de escribir.

El libro, ameno y didáctico, esencialmente divertido, es un monumental conjunto de vicios del idioma, suavizado por curiosidades costumbristas —tiovivo, picos pardos— y un pre catálogo de palabras en vías de extinción, arcaísmos moribundos que nadie reivindica y que sufren la ignorancia

de su uso. El libro es un gigantesco manual, un amplio surtido de fe de erratas de la lengua española.

Tampoco podía faltar el paraguas polisémico y solemne de la Real Academia Española, impregnando respetuosamente todo el texto. La tricentenaria Academia obsesionada con limpiar, fijar y dar esplendor a un idioma en constante expansión. La facilidad última, reciente, de la Academia y su docto consejo, para incorporar al diccionario voces pintorescas, provoca en quienes sentimos un profundo respeto por cómo se habla, por cómo se dicen y construyen frases y vocablos, un sentimiento cuando menos contradictorio.

Las palabras son seres orgánicos, vivos, en permanente alerta. Conviene llegar a pactos, acuerdos, para no violentarlas. Las palabras son oraciones civiles, música callada, imprecaciones asesinas, son falaces y mentirosas, amables y románticas, son lluvia y rocío, atardeceres y alboradas, son llanto y risa, días de fiesta y jornadas de luto, excesivas y tímidas, saludos primeros y adioses definitivos. Nunca, desmintiendo a Mina, son solo palabras, palabras, palabras...

Ramón Pernas
crítico y escritor
Madrid, febrero de 2014

Introducción

Lo único necesario para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada.

EDMUND BURKE

Esta frase, que forma parte de mi repertorio de cabecera vital, refleja el propósito de este libro. Un libro que profesa el noble arte de defender la preciada y preciosa lengua de Cervantes de las tropelías ortográficas, desafueros sintácticos y semánticos que cometen bellacos, felones e indolentes de toda laya y condición. Un libro que nace del dolor de observar cómo nuestro idioma se desangra por las reiteradas puñaladas que recibe, sobre todo de mano de jóvenes internautas, aunque también de afiladas plumas que, vestidas de doctas en la materia, apuntan a los órganos vitales de nuestra lengua. Y ello sucede, curiosamente, en un tiempo en el que el número de licenciados universitarios es el más alto de la historia y en el que la comunicación escrita (correo electrónico, *whatsapp* y redes sociales) está adquiriendo un protagonismo sin precedentes.

Así que durante nuestra guardia hemos dado caza a polizones lingüísticos, rescatado palabras moribundas al borde del precipicio del olvido léxico y desenmascarado otras que bien merecerían ser ejecutadas al amanecer. Y nos ha quedado tiempo para conocer el origen de algunas curiosi-

dades o frases tan utilizadas como, por ejemplo, *el coño de la Bernarda*, *ir de picos pardos* o *que lo haga Rita*.

Dicho esto, no pretendemos abarcar todos los errores u horrores de la lengua española, pero sí evitar que ciertas incorrecciones, que se enredan en la lengua como la masa de harina se pega a las manos, permanezcan ensuciando nuestro discurso.

Esta obra, cimentada con rigor y fundamentalmente didáctica, se apoya en una redacción despejada de artificios, entretenida e irónica. Esta obra es el fruto de mi aversión, cincelada durante años, al sistemático mal uso del lenguaje. Animadversión que ha llegado a ser un tic, compartido por el excelente equipo de esta agencia, que ha colgado el cartel de «Se busca» para expresiones como: *nexo de unión*; *en base a*; o *a nivel de...* Y, para su desdicha, no cesan de detectarlas a diario en discursos, reuniones de trabajo y redacciones periodísticas. También compartimos un grupo de palabras fetiche y otras que nos cautivan, buena parte de ellas recogidas y reconocidas a lo largo de las siguientes páginas.

Aunque en el texto tratamos el idioma con el máximo respeto y seriedad, hemos lanzado un grito con el que haremos oír en las redes sociales. Un chillido que toma forma de exabrupto al utilizar la palabra *cagada* en nuestro irreverente título, *Las 101 cagadas del español*, para que actúe como resorte de nuestro templado subtítulo, *Reaprende nuestro idioma y descubre algunas curiosidades*.

He de reconocer que la conveniencia de elevar a rango de título un vocablo tan poco elegante —y que a algunos de nuestros distinguidos clientes del Ibex 35 se les puede antojar zafio— provocó un intenso debate entre los coautores del libro, sobre todo, en su calidad de concedores del *modus operandi* de las redes sociales, en las que buena parte de lo que digas puede ser utilizado en tu contra. Pero decidimos asumir el riesgo ante esta palabra llamativa, elocuente, inofensiva y tan de la calle que, sin duda alguna,

atrapará la atención de nuestros potenciales y anhelados lectores.

Vaya por adelantado que es más que posible que alguna de nuestras entradas alguna cagada incluya. Como ya antes la cagaron Lope de Vega o Umbral, usando *espúreo* por *espurio* en sus brillantes escritos; y también Torrente Ballester o el mismo Delibes, reconocidos leístas. Nada de ello restó ni un ápice de belleza a sus textos o mermó sus preciadas contribuciones a nuestra cultura. Si hasta el propio Lázaro Carreter admitió haber cometido algún error, cómo osaremos nosotros, cual fatuos eruditos, escapar del yerro humano.

Y ya entrados en confesiones, he de admitir que no solo mostré reparos con el ocurrente título del libro, también al referirnos en la obra al español, en vez de optar por el castellano. Pero la RAE tomó partido por nosotros. El español es el idioma con el que se comunican 500 millones de personas en el mundo, y nuestra defensa de esta preciosa y preciada lengua no se refiere solo a los 45 millones de habitantes de España. El español que se habla fuera de España también está presente en nuestro libro a través de palabras de uso frecuente en, por ejemplo, México o Argentina.

Nunca el lenguaje debería servir como ladrillo con el que erigir los muros de la intolerancia que nos separa, sino como amalgama que nos une. Y en este punto no hubo duda alguna: quise que este libro no estuviera escrito solo por mí, sino que fuera una obra colectiva, con diferentes registros y distintos orígenes; un grupo heterogéneo, pero unido por la elección de una profesión que tiene en nuestra lengua su principal herramienta de trabajo.

Un equipo que, ya hace casi dos años, comenzó con la publicación en Facebook de algunas entradas de *ReAprendeEspañol*, germen de lo que hoy es este libro. Fue precisamente la magnífica repercusión que tuvimos en las redes sociales y el aplauso general al tono distendido en el que